

---

## Sección Bibliográfica

---

*Politics in Brazil 1930-1964: An Experiment in Democracy.* Thomas E. Skidmore, Nueva York: Oxford Press, 1967. 446 pp. 8.75 EUA dls.

Tenemos ahora lo que corresponde a una historia semi-oficial de Estados Unidos de la política brasileña contemporánea. Está escrita en un estilo higiénico como es propio a la sobriedad de la empresa y a la sagacidad del análisis *post mortem*. El señor Skidmore es riguroso con los políticos perdedores de Brasil —en este caso Goulart, Brizola, Quadros y otros y complaciente con los triunfadores— Castello Branco, Costa e Silva y la actual élite gobernante en Brasil. Sufrir la clásica miopía, el padecimiento de los historiadores que pretenden que todos los acontecimientos deben, de una manera u otra, ser reescritos a fin de sancionar las actuales relaciones de poder, o, por lo menos, a los actuales detentadores del poder. Esta técnica podría ser satisfactoria para explicar victorias revolucionarias estables tales como la de Francia en 1789 o la de Rusia en 1917. Pero aplicada a América Latina, esta misma técnica no puede sino producir estragos en la obra del historiador, porque, la realidad actual del golpe solamente es comparable a la inevitabilidad de futuros contra-golpes.

Comprendiblemente, *Politics in Brazil* comienza con una evaluación de los años de Vargas para alcanzar su clímax con el colapso del régimen de Goulart. Sin embargo, hay algo raro en relación con

el subtítulo del libro *An Experiment in Democracy*, porque Skidmore presenta en general una imagen de la democracia brasileña que o bien se halla “en colapso” (como lo hace entre 1935 y 1937), o simplemente “en desintegración” (como entre 1963 y 1964). Nuestro autor sugiere que solamente bajo los periodos más regimentados en el Brasil moderno, particularmente bajo el general Dutra en 1946-50 y el general Branco entre 1964 y 1967, la democracia parece progresar. Esto es probablemente correcto si se concibe la democracia exclusivamente en términos del modelo parlamentario de Estados Unidos primero, y después se describe la vida política del Brasil como una serie de aproximaciones y distanciamientos de las normas y necesidades políticas estadounidenses. Esto es lo que da al libro su calidad oficial. La historia brasileña es medida, no en términos de acontecimientos internos, sino en términos de cómo esos asuntos internos se comparan, responden o afectan a Estados Unidos. De aquí que la periodización, que se nos ofrece sólo elípticamente, no se refiera a la dinámica real de la vida brasileña, y que las implicaciones que derivan de una presentación que destaca los factores endógenos sobre los exógenos apunte en dirección de exponer más la dependencia brasileña, que en celebrar el hecho de que la política brasileña es la sombra de la substancia de Estados Unidos.

El profesor Skidmore conoce los hechos y los relata. La dificultad del libro

reside en que el autor no se enfrenta a las implicaciones de su evidencia. Esa evidencia es la constante vigilancia (si es que no supervisión directa) de la política brasileña por parte de los militares a lo largo de todo el periodo cubierto por el libro. Hablar de Brasil como experimento democrático es ignorar el hecho de que entre 1930-1964 no hubo ninguna revolución social, sino solamente una serie de cambios dramáticos, una y otra vez agudizados por la intervención militar o por la obstaculización militar de la legitimación del régimen civil. Los años de 1930, 1946, 1958, 1961, 1963, 1964 se destacan no por los logros de una democracia parlamentaria, para no mencionar ya una democracia de masas, sino que lo que les da su carácter especial es la interacción entre la organización política tradicional y militar convencional. Si bien el señor Skidmore es vagamente consciente de esta dialéctica derechista, sería más acertado decir que la desilusión militar respecto a la vida política crece conforme ésta deja de estar dirigida por jefes políticos rurales o por un aparato parlamentario ruralmente controlado. Conforme la vida política de Brasil se va conectando a una base urbana y a clases industriales, en la misma medida, hay un incremento en el *quantum* e intensidad de la intervención militar en la vida brasileña. Fue el potencial de éxito de los abogados del desarrollo y del estructuralismo, y no el fracaso de los políticos civiles como Skidmore, lo que estimuló la respuesta militarista.

Skidmore constantemente se halla confundido al tratar de asignar etiquetas a los diversos sectores de la dirección política brasileña y aun a un solo hombre. Goulart es llamado unas veces oportunista, otras de tendencia liberal, otras más radical o socialista y finalmente simplemente izquierdista. Pero aun dentro del contexto de este volumen es claro que las manifestaciones abiertamente izquierdistas de la política de Goulart no aparecen sino hasta el final de su régimen, aproximadamente hasta marzo de 1964. La falta aquí, radica en la cama de Procusto en la que el autor mete a los diversos políticos de Brasil. Los coloca con demasiada frecuencia dentro

de una escala de medidas fabricada en Washington, misma que utiliza como una guía operante a través del laberinto de la política brasileña.

Brasil no realizó un experimento democrático entre 1930 y 1964, sino más bien un experimento de legitimación política. Fue precisamente el proceso de legitimación, de instrumentación e implementación de las normas constitucionales de sucesión lo que el mismo Vargas percibió agudamente como necesario para la sobrevivencia del Nuevo Estado. Fue el gobierno civil como tal, y no la izquierda brasileña, el que fue derrocado por los diversos golpes militares. Goulart representó una alternativa de continuación para el proceso de legitimación. Ya sea que la responsabilidad para la continuidad de la autoridad civil haya recaído sobre Goulart como resultado del vacío dejado por Quadros (cuando Goulart como vicepresidente ocupó la presidencia) o a través del mandato alcanzado en las elecciones especiales de 1963 que devolvieron a Goulart todos los poderes presidenciales, lo que estaba en juego en el golpe militar de 1964, era la existencia misma de la preeminencia civil. El sistema brasileño logró disfrazar admirablemente la lucha entre los sectores militares y civiles a lo largo de los treinta y cuatro años que cubre este volumen. Los militares, como los principales depositarios de la norma de ilegitimidad, comprendieron cabalmente que las verdaderas amenazas del régimen de Goulart no eran sus propensiones izquierdistas, ni su forma vaga de socialismo laborista, ni aun sus llamados en favor de una democracia cristiana, sino el simple hecho de que Goulart continuaba una forma legítima de sucesión civil —que si se institucionalizaba amenazaba la existencia misma de los gorilas del orden militar, de base rural, establecido. En resumen, Goulart representaba el civilismo de Brasil; en tanto que la militarización estaba representada por Castello Branco y Costa e Silva. Bajo tales circunstancias, designar a Goulart como autoritario y definir su periodo presidencial como una desintegración de la democracia, es violar no sólo los hechos históricos, sino sobre todo cerrar los ojos ante la estructura social dentro de la cual opera el poder militar

brasileño y también ante los impulsos conservadores dentro de los cuales opera la política exterior estadounidense.

El punto de partida del libro, la era de Vargas entre 1930 y 1945, es significativo. Sin embargo, el hecho de que, como el mismo Skidmore señala, la "revolución" de 1930 fuera una revolución de la élite, indica que lo que permitió a esta revolución *sui generis* de Vargas una oportunidad para triunfar fue la crisis internacional del capitalismo creada por el crash del mercado de 1929 y el consecuente derrumbe *temporal* del dominio mundial del capitalismo sobre el sistema de precios y mercados. No es accidental que 1930 sea también el año en que ocurrieron numerosos cambios revolucionarios no sólo en Brasil sino también en Argentina, México y Chile. En otras palabras, lo que permitió el triunfo del sistema de Vargas fue el colapso de la economía tradicional de *laissez faire* en las potencias industriales avanzadas. Skidmore tiende a ver toda la historia brasileña de este periodo como internamente impulsada y desarrollándose internamente. Hasta donde penetra tiene razón. Pero lo que se ignora es que la industrialización espontánea, ayudada por una política consciente de intervención estatal, sólo podía surgir en una situación donde el control de Estados Unidos —y en realidad el control europeo antes que éste— se había desintegrado lo suficiente para que la experimentación económica y los mecanismos de planeación fueran institucionalizados. El caso de Brasil aporta considerables elementos a la hipótesis de que Estados Unidos, lejos de ser el líder en la revolución de las expectativas crecientes, en realidad, está impidiendo la continuación del tipo de desarrollo industrial iniciado bajo el Nuevo Estado de Vargas y posteriormente en el Estado Laborista de Goulart. Con la recuperación de la economía de EU y con la expansión de su influencia política, Brasil, no por accidente, recayó en una vieja condición latinoamericana. El hecho es que ahora, en 1967, mucho tiempo después de que las reformas y los logros del periodo de Vargas han sido relatadas en las memorias históricas, Brasil continúa siendo una nación que requiere inversión masiva, desarrollo y mo-

dernización. Brasil continúa siendo una nación atada a una economía de monocultivo y de monomercado. Continúa siendo una nación con 60% de sus exportaciones en café y continúa siendo una nación en la que Estados Unidos representa el 70% o más del total de sus ventas al exterior, Brasil es también una nación que tiene una región desesperadamente empobrecida —el noreste— en la que el ingreso promedio es de .30 US centavos por día, en la que el 80% de los niños muere antes de los dos años de edad, donde la esperanza de vida es de cuarenta años y donde menos de la mitad de la población ha recibido alguna educación. El punto crítico es que Brasil es una nación en la que, después de todos sus experimentos, el 1% de sus ciudadanos posee el 50% de la tierra, en tanto que menos de 150 000 personas llenaron una declaración de impuestos en 1966, y solamente 5 000 pagaron el equivalente a 1 000 dólares. En otras palabras, la actual crisis en la economía brasileña no es una consecuencia de Celso Furtado y SUDENE, que es precisamente el tipo de ideas de las que vanamente se ocupa Skidmore, sino que más bien se debe a efectos de larga duración dentro de la economía brasileña, ocasionados por presiones externas, especialmente las presiones de vivir en un mundo tutelar controlado por los representantes de Estados Unidos.

Los relatos de Skidmore acerca de las diversas administraciones se presentan sofisticada y llanamente. Pero siempre que se hace referencia a los aspectos exteriores, particularmente a los intereses de Estados Unidos, el libro cae en la banalidad. La descripción del gobierno de Truman como un gobierno simpatizante de la solución del problema financiero de los países en desarrollo, y de la administración republicana de Eisenhower como una administración no simpatizante, omite simplemente el dilema básico, es decir, que, desde el punto de vista brasileño, la difícil situación económica era un hecho constantemente vital en el periodo de postguerra. Su inflación persistente, su déficit en la balanza de pagos y su incapacidad para crear una reforma estructural sin ofender al mismo tiempo esos intereses violentamente opuestos a

la nacionalización, fueron de tal magnitud que las presiones externas de EUA estuvieron dirigidas a crear un clima favorable para las inversiones privadas de EUA a expensas del cambio estructural interno. Lo que es importante, y que queda fuera del relato, es la medida real en que la *uniformidad* en la política económica de Estados Unidos afecta a Brasil. El único cambio real deriva de una presión del Departamento de Defensa en los años sesenta en favor de una supervisión directamente militar de los intereses de Estados Unidos más que un control político o diplomático. Pero con esta excepción, las presiones estadounidenses sobre la sociedad brasileña fueron *standard* e invariables con excepción del periodo del New Deal. La conducta de la administración Roosevelt puede ser explicada por la astuta habilidad de Vargas para manipular el temor al movimiento fascista mundial a fin de crear condiciones favorables de intercambio comercial y ayuda que no existían en Brasil antes del fascismo y por cierto, tampoco después de la Segunda Guerra Mundial. Los intentos de Quadros primero, y de Goulart después, de ganar similares ventajas en el periodo de postguerra manipulando las condiciones derivadas de la situación de guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, simplemente no podían desenvolverse hasta un punto cercano al que Vargas había sido capaz de ejecutar su actuación de equilibrio balanceado en los años treinta. En otras palabras, lo que el señor Skidmore no parece apreciar es que la política de Brasil entre 1930 y 1964 siempre fue política internacional y nunca política nacional.

Teniendo esta debilidad fundamental en mente, la exposición de Skidmore del clima político local es, sin embargo, valiosa y quedará como un recordatorio útil de la confusión interna en Brasil de la época de Vargas a 1964, y de la incapacidad para llegar a una fórmula adecuada para cumplir o las exigencias de la economía nacional o las exigencias de conservación, siempre presentes, de los militares de la nación. El fin de la Segunda Guerra Mundial trajo al hemisferio occidental una hegemonía que liquidó completamente cualquier otra in-

fluencia sobre Brasil que no fuera la de Estados Unidos. Esto se refleja en la insistencia verdadera de parte de Estados Unidos para que Brasil retorne a las formas constitucionales. Éste fue un importante factor para la caída de Vargas y la instalación del general Dutra. Es bueno señalar la exacta sucesión política que tuvo lugar durante el fin del *Estado Novo* y el surgimiento de la maquinaria de Dutra, pero es igualmente importante, y esto queda fuera del relato, el increíble incremento de las inversiones estadounidenses durante el periodo de Dutra que, efectivamente, estabilizaron el régimen. Skidmore señala que Dutra fue simplemente no-político. Exactamente. Los llamados en favor de un retorno a la tranquilidad y a la normalidad surgieron en un marco permisible por medio del cual la dirección política brasileña permitió que la economía fuera, una vez más, dominada por los intereses extranjeros, esta vez no tanto por Europa sino por los Estados Unidos. El periodo de Dutra estuvo caracterizado por soluciones monetaristas basadas en la prevención de la inflación a través del mantenimiento de los precios por medio de créditos bancarios de exportación e importación y a través de vastos préstamos otorgados por Estados Unidos haciendo uso de las técnicas de impulso inicial (*pump-priming*). No es accidental que en el periodo de Dutra se manifestaran por primera vez los asaltos en contra del estructuralismo y de las teorías que iban a dominar durante los regímenes de Quadros y Goulart. Skidmore hace referencia a estas acciones políticas pero superficialmente para aminorar el impacto de los factores externos en la política brasileña de la postguerra.

El autor hace gala de su miopía. No conecta la crisis del segundo periodo de Vargas con el derrumbe de precios del café en las ventas a Estados Unidos, ni con las demandas que hizo para prevenir el envío excesivo de utilidades a las firmas extranjeras. Fue en este tiempo, en 1953, cuando Vargas se convirtió en una verdadera amenaza; sólo entonces se produjo una polarización en la estructura política brasileña. Esta polarización representó el reflejo interno de la insistencia de Vargas en un régimen populista en lo interior

y en una posición anticolonialista de con trapeso en lo exterior.

Entre los años de 1930 y 1964, la vida política brasileña fue muy agitada. El periodo de Kubitschek es muy parecido al periodo de Dutra y si Dutra fue el responsable de la primera oleada del desafío de Vargas, Kubitschek fue, entonces, el responsable de la segunda, representando ambos claramente las soluciones monetarias a los problemas estructurales en la vida económica y política. Pero si una solución monetarista fracasó en términos de los intereses nacionales brasileños, ¿qué podemos decir, entonces, de las soluciones estructuralistas empleadas por Quadros y Goulart? Aquí también es claro que si bien faltó valor de parte de Vargas, de parte de Goulart lo que faltó fue convicción. Los presidentes monetaristas Dutra y Kubitschek no tuvieron la *voluntad política* ni aun la inclinación para entregar completamente la soberanía de la nación brasileña. Pero no es menos importante que los presidente estructuralistas, Vargas, Quadros y Goulart, ya no tuvieran la *oportunidad* de desarrollar los tipos de cambios que podían haber realizado dentro de una situación capitalista de *laissez faire*. Hubo una dialéctica negativa que sirvió para reforzar la norma de la ilegitimidad. Los presidentes conservadores fueron incapaces de conseguir apoyo nacionalista y los presidentes liberales fueron incapaces de conseguir apoyo financiero.

Dentro de este cuadro, las tareas de los militares se hicieron tentadoramente fáciles. La esencia del problema fue sintetizada y simbolizada en el periodo de Goulart. Todo el mundo tiene derecho a hacer su propio juicio acerca de Goulart, y dado su triste desenlace, es obvio que ahora muy pocos —en la derecha, en la izquierda o en el centro— desean aplaudir los años de Goulart. Pero lo que es necesario señalar, y que el libro de Skidmore, de una manera u otra pasa por alto, es que Goulart era un hijo de Vargas en todos los sentidos. Era su hijo no sólo en términos ideológicos, sino también en términos muy específicos. Al igual que Vargas, Goulart no podía aceptar el hecho de la dominación militar y al mismo tiempo estaba tan convencido de la legitimidad de la actitud militar que no podía enfrentarse a

ella. Como Vargas, apoyó las reformas estructurales y la política de nacionalizaciones pero fue incapaz de combinar estos desarrollos económicos con un ataque a los controles imperialistas o a los dominios extranjeros. Goulart, de la misma manera que Vargas, consiguió un amplio apoyo de los sindicatos y una gran maquinaria política organizada en la clase obrera fabril, pero, una vez más como Vargas, fue incapaz de ofrecer a la clase obrera la autonomía y una experimentación verdaderamente nueva en formas políticas que incluyeran una democracia de masas. Pero sobre todo, al igual de Vargas, Goulart fue un político confundido —cualquiera que haya sido su grado de corrupción. Había una continuidad ideológica, surgida de su concepción populista, de ser todas las cosas para todos los hombres sin comprometerse a nada con ningún hombre específico.

Goulart no era indebidamente oculto o reservado, pero el populismo había simplemente sobrevivido a su utilidad. Si en las manos de Vargas el populismo era relativamente eficaz, esto se debía a que la población con la que Vargas trataba respondía a los símbolos caudillistas —pero a la mitad de los años sesenta la población brasileña se había hecho más complicada: más sofisticada en la izquierda en respuesta a las exigencias de autonomía y autocontrol de la clase obrera, y en la derecha en respuesta a las retribuciones nacionalistas por la cooperación financiera internacional y por las alianzas militares internacionales. Vargas tuvo éxito no debido a su maquiavelismo o a su pretendida audacia, generalmente aceptada, sino simplemente debido a que su Nuevo Estado representaba una respuesta al nazismo no menos que al comunismo— en el mismo periodo en que Estados Unidos hubo de formular la misma doble respuesta. Goulart era una *contemporización* con la izquierda y la derecha que Estados Unidos, habiendo pasado por una guerra mundial en contra del fascismo y después una guerra fría en contra del comunismo, ya no podía tolerar.

Si Skidmore claramente está en su derecho para comenzar su trabajo en 1930, parece haber menos justificación histórica para que lo concluya con la caída

de Goulart en 1964. Dada la propensión de los historiadores a comenzar y terminar sus trabajos con obvios acontecimientos políticos delimitadores, el periodo entre el ascenso de Vargas y la caída de Goulart es el periodo deslindado. Pero los estudiosos del Brasil también están obligados a pensar más allá de 1964, especialmente cuando como el libro de Skidmore, su trabajo aparece en 1967. En este sentido, se brinda al lector el tipo más burdo de apologética bajo la forma de un apéndice en relación al papel desempeñado por Estados Unidos en la caída de Goulart. Queda perfectamente claro que este apéndice no fue escrito con otro propósito que el de afirmar y reafirmar a los norteamericanos que si bien Estados Unidos sabía de la situación y de la crisis en Brasil, no tuvo ningún papel orgánico en esa crisis o en el colapso del poder presidencial de 1964. Es innecesario decir a estas alturas que resulta ocioso discutir si Estados Unidos organizó o no el *coup d'état* de Castello Branco (aunque existen importantes evidencias de que Estados Unidos estaba completamente al tanto de los planes que se gestaban). Lo absurdo es más claro al plantear en un apéndice la pregunta de si Estados Unidos desempeñó o no un papel en la caída de Goulart, cuando el papel desempeñado por Estado Unidos durante toda la historia moderna de Brasil es fundamental para la comprensión de esta historia. El señor Skidmore preserva su higiénica historia omitiendo de la narración las consecuencias del *coup d'état* de 1964 para la democracia. En algunas medidas cualquier apreciación de los años de Goulart o de los años de Vargas exige una explicación de lo que tuvo lugar en el periodo de tres años comprendido entre 1964 y 1967.

Dado que la historia del periodo de Castello Branco es simplemente la historia del retorno a la dictadura y a un estado policiaco no muy benigno, y dado que es evidente que el periodo 1964-1967 representó el colapso de las libertades civiles constitucionales, un fin al sistema político de partidos, y la lamentable mutilación de la economía del país, no necesitamos ir más allá de las notas finales del epílogo final para aclarar cuál fue precisamente la consecuencia del fin de la inocencia en

Brasil. En la penúltima nota del último capítulo del libro de Skidmore hay suficiente *pathos* para no justificar ninguna otra afirmación excepto cuan mezquino aparece el presente comparado con el pasado. "Evidentemente, no se ha publicado ningún resumen oficial del número de personas cuyos derechos políticos fueron suspendidos por el gobierno de Castello Branco. Numerosos totales diferentes han aparecido en los informes de prensa. El 1 de abril de 1965, en un editorial del *Correio de Manhã*, se dio cifra de 378 para la suspensión de derechos políticos durante el periodo comprendido del 1 de abril al 15 de junio de 1964. También señalaba el editorial que aproximadamente 10 000 oficiales del gobierno habían sido cesados o forzados a retirarse y que alrededor de 5 000 investigaciones que incluían 40 000 personas se habían iniciado. La suspensión de derechos políticos se reanudó después de que el gobierno se auto-devolvió sus poderes arbitrarios a través del segundo decreto institucional de octubre de 1965. Fue sobre la base de este último que el gobernador de São Paulo fue depuesto en 1966." Agréguese a esto el legado final de las "reformas" constitucionales de 1966 de Castello Branco en las que incluso la crítica periodística de la familia del presidente quedó fuera de la ley y se tendrá el colapso final de la soberanía nacional brasileña.

Bajo el austero aparato académico de Skidmore se encuentra su dependencia en los rumores infundados para completar sus diferentes imágenes de los dirigentes. Se nos informa que los "defectos personales (de Quadros) eran un secreto a voces en Brasilia". Estos defectos eran tener "una sala de cine privado e ingerir generosas cantidades de alcohol". Es claro que estos defectos de gustar del cine y del licor son tan comunes en los ciudadanos ordinarios como entre las élites políticas, y no son menos comunes entre los presidentes norteamericanos que entre los presidentes brasileños. Pero lo que Skidmore da más por hecho que como supuesto, que estos hábitos personales hacían difícil que un hombre como Quadros ejecutara decisiones y que le hicieran "rehuir a las enormes tareas que se había propuesto" no es más justificado de lo que estaría la conclusión

opuesta, a saber, que el alcohol y el gusto por el cine sirven para crear una respuesta vigorosa a las situaciones o tal vez podría haber creado una tendencia a reaccionar vigorosamente ante las crisis. Se advierte claramente la ausencia de una relación causal entre el rumor y el acontecimiento.

Tampoco se restringe el uso de este tipo de evidencia de *dossier* policiaco. Invade todo el conjunto de caracteres del panorama político brasileño. Acerca de Goulart se nos dice: "difícilmente podía ignorar, por ejemplo, que los rumores en relación a las aventuras amorosas de su bella esposa lo hacían objeto de interminables burlas populares. Esta sombra sobre su virilidad fue un daño político importante en un país latinoamericano". Esta referencia no se hace a propósito de nada en particular excepto para dar de algún modo una impresión caracterológica de debilidad en Goulart, aunque si las "aventuras amorosas" de Goulart hubieran salido a luz, se puede suponer entonces que podría haber salvado su mandato mostrando fortaleza masculina. La teoría de Skidmore está forjada con semejantes banalidades. Sus sorprendentes reverencias a las evaluaciones de la Unión Cristiana Anti-Alcohólica no se limitan a la dirección de la república brasileña. También son extensivas a los consejeros. Al exigir a Goulart un curso de acción militante, el general Assis Brasil, "fue aún más lejos alimentando las ilusiones de Goulart de que gozaba un confortable margen de apoyo entre el cuerpo de oficiales". Pero de haber sido Goulart tan listo como nuestro gracioso autor "hubiera caído en cuenta que la debilidad de Assis Brasil por el alcohol lo convertía en un informante no confiable así como en una persona que gozaba menos que amplio respeto entre sus colegas oficiales". Si bien abundan las notas en esta sabia obra (incluidas algunas abstemias referencias a Assis Brasil) estos cargos, al examinarlos, no están apoyados por ninguna evidencia. Son simples argumentaciones personales y naturalmente no tienen importancia para el tema del libro. Es claro que se ofrecen no tanto para explicar a Brasil como para impresionar al lector con su siniestra "información confidencial".

La utilización de semejante información artificial para explicar las debilidades de

los regímenes políticos de Brasil produce estupefacción. Se siente uno obligado a sacar la conclusión de que Skidmore se movió realmente en círculos íntimos y aun subterráneos. El caluroso reconocimiento al ex-embajador Lincoln Gordon, quien, se nos asegura, fue "generoso con su tiempo y hospitalidad tanto en Rio como en Washington", parecería indicar que la base de esta información tiene más en común con el oficio del diplomático que con los conocimientos del historiador. Quizás la falta central de la democracia brasileña y del régimen de Goulart en particular (en torno al cual debe basarse cualquiera evaluación final de este libro), e independientemente de las obvias tendencias de los políticos brasileños a disfrutar del cine y del cinzano, fue precisamente su tolerancia de conspiradores nativos y extranjeros en su propio medio. En simbólico y refleja la realidad actual, el hecho de que la historia oficial del Brasil de 1930 a 1964 fuera escrita por un norteamericano y fuera publicada primero en inglés. Esto, en sí mismo, explica mucho de lo que ha marchado mal en la política brasileña.

Irving Louis Horowitz

"Communications of Romanian Sociologists at the Vith World Congress of Sociology" *The Romanian Journal of Sociology*. National Committee of Sociology of the Socialist Republic of Romania. Publishing House of the Academy of the Socialist Republic of Romania, pp. 139-263.

Las comunicaciones presentadas por los sociólogos rumanos al Sexto Congreso Mundial de Sociología forman dos conjuntos: el uno, metodológico; el otro, sustantivo.

El conjunto metodológico está constituido por las comunicaciones de Mănescu sobre niveles de vida de la población en general; de Ionescu sobre las condiciones de vida de los asalariados urbanos, de Muresan, Zahariade y Ionesco sobre mensuramientos sanitarios, de Constantinescu sobre sociología de la educación (todos los cuales presentan métodos para captar con-